

5405

EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,  
POR  
LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta que fue de **operarios**, calle del Factor núm 9.

à cargo de D. F. R. del CASTILLO.

1852.

# CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

## EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	R.
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.	8
¡Es un Angel! (o)	3	Suarez Brabo.	8
Trabajar por cuenta ajena (o)	3	Cazurro.	8
La Gloria del Arte. (o)	3	Asquerinos.	8
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.	8
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8
Para heridas las de honor. (o)	5	Galvez.	8
Mi mamá. (o)	1	Sierra.	4
El 5 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.	8
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Villergas, Principe, Larrañaga, Asque- rino y Estrella.	4
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.	8
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Ou- drid y Hernando.)	4
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.	4
Las Guerras civiles (o)	3	Asquerinos.	8
Traidor, inconfeso y martir. (o)	3	Zorrilla.	8
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.	8
Nobleza contra Nobleza (o)	4	García de Quevedo.	8
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.	4
Hacer cuenta sin la huésped. (o)	3	Flores Arenas.	8
La madre de San Fernando. (o)	4	Rossell.	8
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.	8
Un paje y un caballero (o)	3	García de Quevedo.	8
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	García de Quevedo.	8
Una falta. (o)	3	Huici.	8
Las flores de D. Juan. (r)	5	Escosura.	8
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.	8
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.	8
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.	6
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.	6
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.	4
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.	8
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.	8
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.	4
Arcanos del alma. (o) primera parte.	3	Asquerino. (D. Eus.)	8
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.	8
Negro y Blanco. (o)	1	Silbela y Barreras.	4
Entre bobos anda el juego (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8

(1) Las letras que van á continuacion de título de las obras significan (a) arglada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

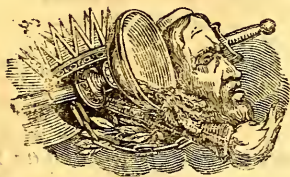
# LA HIEL EN COPA DE ORO.

Drama en tres actos y en verso, original

DE

## Don Gabriel Estrella.

Representado con aplauso por primera vez en el teatro del Principe el dia  
primero de mayo de 1852.



MADRID.

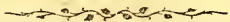
Imprenta que fue de **Operarios**, à cargo de D. F. R. del CASTILLO,  
calle del Factor, número 9.

1852.

**PERSONAJES.****ACTORES.**


---

LA REINA VIUDA. . . . .	DOÑA BARBARA LAMADRID.	
MARIANA DE PATIÑO.	DOÑA LUISA YAÑEZ.	
D. FERNANDO DE VALENZUELA. . . . .	D. JULIAN ROMEA.	
D. BERNARDO DE PATIÑO.. . . . .	D. JOSE CALVO.	
CARLOS II. . . . .	D. ANTONIO LOZANO.	
D. JUAN DE AUSTRIA. . . . .	D. PEDRO SOBRADO.	
HARO. . . . .	} CAPITANES. {	
URBINA. . . . .		D. LAZARO PEREZ.
PANTOJA. . . . .		D. JOSE MAS.
BELTRAN. . . . .	D. MANUEL SOTOMAYOR.	
POITIERS. . . . .	D. JOSE PEREZ PLÓ.	
PEDRO. . . . .	D. ANTONIO GONZALEZ.	
UGIER. . . . .	D. JOAQUIN CABELLO.	
NOTARIO. . . . .	D. GERONIMO GONZALEZ.	
SOLDADOS y hombres del pueblo.	D. FERNANDO GUERRA.	



*La escena en Madrid, año de 1677.*

---

*Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galeria titulada EL TEATRO.*



# ACTO PRIMERO.



Casa de D. Bernardo de Patiño, amueblada á estilo de 1677.—Una puerta secreta en el fondo.—Una al interior y otra al exterior de la casa.

## ESCENA PRIMERA.

PATIÑO y MARIANA.

PAT. Con que fué el buen Valenzuela mi salvador?

MARIAN. Padre mio,  
él fué: resistir no supo  
mis lágrimas... pero esquivo  
pienso que no agradeceis  
el gran favor recibido.  
Ved que os dió la libertad,  
al calabozo y los grillos  
sustrayéndoos...

PAT. Gran favor,  
que en lo que vale yo estimo.  
Mas siendo tú medianera,  
temo que un precio subido  
te intente imponer...

MARIAN. No, padre,  
me ofenden nuestros juicios.

:

- PAT. Valenzuela es muy leal.  
Pues de intrigante me han dicho  
que dió muestra en ocasiones.
- MARIAN. Diólas mas de ser cumplido  
caballero en paz y en guerra.
- PAT. Basta: advierte que no es lícito  
que hablen así las doncellas,  
pues en ellas es indicio  
la alabauza del amor,  
y del amor los delirios.
- MARIAN. Ayer sumido en la cárcel  
yaciais sin albedrio,  
y hoy ya le usais sin temor  
de inquisicion ni de esbirros:  
y él fué, padre, Valenzuela,  
él fué quien todo lo hizo.
- PAT. Hum! no me dá buena espina,  
que quien es tan mi enemigo  
y tan parcial de la Reina  
se muestre tan compasivo.  
Capaz será de pagar  
un traïdor, un asesino,  
para evitar el escándalo  
de un destierro ó de un suplicio.
- MARIAN. Con qué lúgubres ideas  
os dáis tormento á vos mismo!  
Dejad, padre, esas quimeras,  
y fíad á mi cariño  
vuestra paz! yo velaré  
mientras durmais vos tranquilo.  
el ángel de vuestra guarda  
seré, si os venís conmigo  
sin anhelos de ambicion,  
ni insomnios de poderío.
- PAT. Qué dices, Mariana mia?  
fuera yo un parcial indigno  
de D. Juan, si las espaldas  
volviese al comun peligro.  
Yo te amo, hija de mi vida,  
mas me consagré á un partido,  
y en él con D. Juan de Austria  
me ensalzo ó me precipito.

Sábase ya en toda España,  
que el secretario Patiño  
no retrocede, y el príncipe  
D. Juan ha de ser ministro  
y ha de ahorcar...

MARIAN.

Padre, silencio,  
que de pensar me horrorizo  
que os pueden prender de nuevo...

PAT.

Y qué soy si me intimidado?  
Hija, empezado el combate,  
seguir en él es preciso  
hasta vencer. Valenzuela  
de tu belleza cautivo,  
su amor indiscreto pone  
de mi ambicion al servicio,  
y es menester que tú seas  
quien me ayude en mis designios.  
El vendrá aquí: tú, risueña,  
sus alegres desvarios  
oye, y la plática cambia  
del gobierno á los prolijos  
cuidados que sobre él pesan,  
que él entonces de lo íntimo  
del pecho, grandes secretos  
revelará.

MARIAN.

Padre mio:  
y he de pagar con traiciones  
á quien por vos tan solícito  
se ha mostrado? Quien tan noble  
fué y tan liberal conmigo,  
que no abusó de mis ruegos,  
ni escarneció mis gemidos?

PAT.

Fiad en las gentilezas  
de mancebós que hacen mimos.  
Te habló de amores?

MARIAN.

Señor,  
no: solamente me dijo  
que ni el pincel del Tiziano,  
rostro más bello que el mio  
jamás pintó.

PAT.

Ira de Dios!  
El osado pajecillo

bien merece que le demos  
entre los dos un castigo.  
Aborrécelo, hija mía:  
ese hombre falaz, infucio,  
con mis desgracias prospera:  
y no es dueño de sí mismo  
para amarte un solo día  
sin convertirte en ludibrio  
de la corte.

## ESCENA II.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO.

D. Fernando  
de Valenzuela. *(Vase.)*

PAT.

Mi aviso.  
*(Haciendo seña al criado para que entre.)*  
Con la sonrisa en los labios  
mirándole de hito en hito,  
recibamos al traidor,  
que viene con faz de amigo.

## ESCENA III.

DICHOS, y VALENZUELA.

PAT.

Llegad, señor, que os estamos  
tan obligados aquí,  
que ya raya en frenesi  
el amor que os profesamos.  
Y es tal en pechos leales  
de la gratitud la ley,  
que no rindiera yo al rey  
atenciones mas cabales.

VALENZ.

La mucha lisonja humilla,  
señor Patiño, y yo os quiero  
leal y buen caballero,  
sin máscara y sin mancilla.

PAT.

No anubleis mi alma de niño  
con sóspecha ponzoñosa.



VALENZ. Pues punto ya, y á otra cosa: tengo que hablaros, Patiño.

PAT. Mariana... (Indicándole que se retire.)

VALENZ. No nos dejéis, que aunque es asunto de Estado, vuestro padre interesado anda en él, como vereis.

PAT. Mas ella...

VALENZ. Si no os enoja, asista á la conferéncia.

PAT. Infame! con que insolencia (Ap.) su amor al rostro me arroja!

Hablad. (Ofrece sillas: siéntanse los tres.)

VALENZ. Sabeis que á medida

que España decae en el mundo, y el rey D. Carlos segundo no da señales de vida,

Francia, amiga de la guerra, con un rey valiente y loco, teniendo el derecho en poco, está asombrando la tierra;

y en Italia como en Flandes, sin que haya quien la resista, hace una y otra conquista,

y alcanza triunfos tan grandes, que de aquella ópima herencia del emperador D. Carlos,

los restos han de pisarlos un dia á nuestra presencia.

Sen ya tantos los reveses de las armas españolas, que pronto camparán solas

las lises de los franceses, y para que sean mayores nuestra afrenta y nuestros daños,

los propios con los estraños se echan á conspiradores.

Patiño, os digo en verdad, que yo le aconsejo al rey

que es menester que la ley sea una dura realidad.

Y que si D. Juan no cesa

de provocar conmociones,  
no espere del rey perdones,  
pues diz que el vuestro le pesa.  
Idos con tiento por Dios,  
que hablan de planes, y estan  
unos fieros con D. Juan,  
y otros airados con vos,  
y no quisiera yo, á fé,  
que si os prendiesen mañana,  
las lágrimas de Mariana  
pensáran que derramé.

PAT. Atentamente os oí:  
y qué quereis que colija?  
que sois galan con mi hija,  
y ademas velais por mí.  
Y que tocando el registro  
de ser tal y tan sincero,  
sois el mejor caballero  
y el mas amable ministro.  
Y obrara yo sin razon  
si seguridad no os diese  
de estar, aunque á algunos pese,  
quedo y mudo en mi rincon.  
Mas ved que con tantos males  
la atmósfera se condensa,  
y hay quien dice que el rey piensa  
en mudar sus generales.  
Tened pues cuenta por Dios,  
porque en Madrid no es misterio  
que vacila el ministerio,  
y que os dan yahidos á vos.

VALENZ. Esa es la falsa esperanza  
que alienta á algunos traidores.

PAT. Justo. Los calumniadores  
asi buscan su venganza.  
Pues hay descaro mayor  
que decir que sois iguales,  
causando idénticos males,  
vos y vuestro antecesor?  
Y qué, si las cosas van  
asi de tan mala ley  
es porque no llama el rey

- á gobernar á D. Juan?
- VALENZ. Ya supe, y ya desprecié  
esa crítica liviana.
- PAT. Haced bien, que nadie os gana  
á vos en talento y fé.  
Esta es, señor, mi opinion  
y la que yo le he formado  
á Mariana, que os ha dado  
en paga su estimación.
- VALENZ. Téngosela yo tan viva,  
que á fé que en amor ya toca.
- MARIAN. Pues sabed vos de mi boca,  
que no os correspondo esquivá.
- (*Valenzuela y Mariana se aproximan afectuosamente.*)
- PAT. (Y este hombre manda en España.) (Ap.)  
imbécil! Una mujer  
le hará mi juguete ser,  
y satisfaré mi saña.)  
Honraime en alta manera  
D. Fernando. Asi os quedad.
- VALENZ. Vuestra hija es la beldad  
que en mi corazón impera.
- MARIAN. Ay, padre!
- PAT. Bien, hija mia:  
él es nuestro bienhechor.  
(Ap.) Odialo!—Ténle el amor  
que ganó con su hidalguía.

#### ESCENA IV

DICHOS y BELTRAN que entra precipitadamente.

- BELT. Señor.
- VALENZ. Qué es eso, Beltran?
- BELT. Voto vá, cogió la vez,  
y á poco del primer tajo  
me corta el cuello á cercén.
- VALENZ. Pero quién, cómo?...  
BELT. Este pliego  
que tiene el sello del rey,  
de su cámara á la vuestra

llegó: venia yo con él,  
y un bravo junto á la esquina  
poniéndose de través,  
me pregunta,—hola, Beltran!  
Qué lleva ahí?—No lo sé.  
—Diga, es secreto de Estado?  
—No.—Pues diga por su bien  
si es un billete de amores  
para esa casa.—Tal vez.—  
Parecióme la respuesta  
mas discreta; mas la erré,  
porque el bravo enmascardo  
me dijo con altivez:—  
Pues ved si doña Mariana  
os cura esta herida bien.—  
Y un tajo me dió que á poco  
me corta el cuello á cercen.  
Vive Dios! que guardadores  
en vuestra casa teneis.

- MARIAN. No comprendo.  
PAT. Mariana,  
qué es esto? tú sabes quien  
es ese hombre?  
VALENZ. Patiño,  
presumo quien ha de ser.  
PAT. Oh! son celos de la reina, (Ap.)  
yo lo he acertado tambien.  
MARIAN. Esplicadme, Valenzuela...  
VALENZ. Vos sola teneis mi fé:  
no os asusten aventuras,  
que venturas han de ser.  
(Lée en el pliego que le ha entregado Beltran.)  
En Madrid D. Juan de Austria!  
PAT. Mal gesto pone al papel. (Ap.)  
VALENZ. El propio se alza el destierro, (Ap.)  
debe castigarle el rey:  
todos los conspiradores  
contra mí va á revolver.  
PAT. Qué nuevas?  
VALENZ. Son felicísimas,  
Patiño, todo va bien:  
mas por prevision si os place,

PAT. mi aviso en cuenta tened. No olvideis tampoco el mio, aviso de amigo fiel. Qué, os vais?

VALENZ. Si tal.

PAT. Teneis prisa?

VALENZ. Voy despacio.

PAT. Id con Dios pues.

(*Vanse Valenzuela y Beltran.*)

### ESCENA V.

PATIÑO y MARIANA.

MARIAN. Qué pavor desconocido se apodera de mi ser!

De un amor desventurado espuesta al rudo vaiven,

cuántas penas ya me aguardan, cuánto llanto he de verter!

PAT. Que cites á Valenzuela de nuevo aquí, es menester.

MARIAN. Qué os proponeis?

PAT. Mariana:

va en ello mi honra y la prez de una victoria.

MARIAN. Mas yo que lo amo, lo he de vender?

PAT. No me repliques, y escribe tu cita, y dame el papel.

(*Vase Mariana.*)

### ESCENA VI.

PATIÑO, *abriendo la puerta secreta del fondo*, D. JUAN.

PAT. Salid, señor, Valenzuela, del rey ó la reina aviso

ha recibido: es preciso celar bien á quien nos ceta.

D. JUAN. Oh! que la suerte enemiga  
á un hombre de mi pujanza  
sujete á buscar venganza  
en los hilos de una intriga.  
Vive Dios! tantos afanes,  
tantos lañces y reveses,  
tanto vencer portugueses,  
flamencos y catalanes,  
para que en la corte luego  
un general de mis glorias  
venga á manchar sus victorias,  
jugando á este indigno juego.

Patiño, acabe esta lid,  
porque me dan tentaciones  
de alzarme con mis peonès  
y poner cerco á Madrid.

PAT. Vengareis vuestro desdoro,

D. JUAN: mas ved que es mejor  
con mas arte que valor,  
dar la hiel en copa de oro.

Y Urbina, y Pantoja y Haro?

D. JUAN. Urbina y Pantoja, bien:  
mas Haro no sé con quien  
habló, que no es ya muy claro  
su afecto. En la reunion  
hubo otro, Soria, que es hombre  
de gran esfuerzo y renombre,  
y está por la sedicion.

PAT. Nada, señor, nos perdemos  
así.

D. JUAN. Ya lo observó Urbina:  
ninguno en el medio atina,  
y se sabe cuanto hacemos.  
Soria quiere comenzar  
por matar á Valenzuela,  
y lo persigue y lo ceta  
hasta poderlo lograr.

PAT. Tampoco, señor, tampoco  
nos conviene ese embolismo:  
bien que lo mate el rey mismo,  
mas refrenad á ese loco.

D. JUAN. Quéjansen nuestros parciales

de que en todas sus jornadas,  
ó topan con cuchilladas,  
ó ven relucir puñales.

PAT. De ese modo no hay dudar,  
la reina lo sabe todo.

D. JUAN. Sí, Patiño: de este modo  
nos pueden asesinar;  
la reina bravos y espías  
tiene, y el caso es patente:  
ó yo acabo con su gente,  
ó ella acaba con las mias.

No sufre mi sangre real  
mas estado tan precario.

PAT. Vuestro humilde secretario  
os va á dar un plan cabal.  
Si hay prudencia en esta lucha,  
nuestro triunfo no es incierto,  
mas el peligro os advierto,  
la prudencia ha de ser mucha.

La reina ama á D. Fernando,

D. Fernando ama á Mariana.

Qué apostais á que mañana  
cantais victoria en el mando?

El caso es claro, y no yerro:  
del choque que aquí ha de haber,  
el fruto hemos de coger  
con que se os alce el destierro.

Dos nuestros contrarios son,  
pero el juego está ganado.

Mirad qué gentes de estado  
cuando aman de corazón!

(Llamando á su hija.) Mariana! Vereis, D. Juan,

la red que le tiendo ahora:  
ministro que se enamora,  
es hombre al agua.

## ESCENA VII.

DICHOS y MARIANA.

PAT. Aquí están  
mis armas y mi rodela.  
Esto es en tanto al rey vemos,  
(Cogiendo el billete de mano de Mariana.)  
el seguro que tenemos  
contra el señor Valenzuela.  
Mientras él platica aquí  
con Mariana muy á espacio,  
nosotros allá en palacio  
curámosle el frenesí.  
Os sorprendeis? No hay temor,  
mi hija vive en buena fama,  
y en política una dama  
es instrumento el mejor.

D. JUAN. Travieso sois. Vamos pues.

PAT. Hablad despacio los dos,  
que es vuestro amor, vive Dios,  
ódio visto del revés.

MARIAN. Mas yo qué le he de decir?

D. JUAN. Decidle que es grave mal  
que os sujete á una rival  
que no podreis abatir.

MARIAN. Y quién sois vos?

D. JUAN. Quién te anuncia  
verdad que verás despues.

MARIAN. Pero esa rival, quién es?

PAT. Es...

(Acercándose al oído de Mariana.)

## ESCENA VIII.

MARIANA.

Cielos! qué pronuncia  
vuestro envenenado labio?  
Ay! que aunque venga el traidor



lo que me vende mi amor  
ya me resguarda mi agravio.  
Y que en mi dolor profundo  
he de pensar y creer  
que llegó el amor á ser  
casi imposible en el mundo,  
pues de diferentes modos  
al pié de un amor naciento  
siempre brota una serpiente,  
y siempre conspiran todos.  
Pensaba yo que el amor  
era la luz de la vida,  
y hoy entro en él ya abatida  
por las puertas del dolor.  
Quién es mi rival? quién es?  
Si lo sabe, qué decirle?  
Iré perdon á pedirle  
arrodillada á sus piés,  
y le diré: triunfad vos,  
ó reina, que á vos os toca,  
porque os lo dice mi boca,  
y porque lo quiere Dios:  
que para vos los honores  
mas altos son de la tierra:  
vos dais la paz y la guerra,  
y bienes, dichas y honores:  
y aunque este mi amor primero  
en tanto don soberano,  
es gota que al Océano  
lleva el arroyo parlero;  
la pobre ofrenda aceptad  
de un alma que sufre y calla,  
que nació vuestra vasalla  
y os herí sin voluntad.

### ESCENA IX.

MARIANA, VALENZUELA.

MARIAN. Ah! idos, D. Fernando, idos,  
que si os amé, no sabia  
que vuestro labio mentia.

- VALENZ. Tambien salieron fallidos  
en vos vuestros juramentos,  
pues con designios traidores  
hicisteis de mis amores  
acerados instrumentos.
- MARIAN. Vos reinásteis sin rival  
en mi amante corazon.
- VALENZ. Yo fingiendo una pasion,  
nunca os vendí desleal.
- MARIAN. Eso hicisteis, D. Fernando,  
que lo que yo supe ahora,  
nadie en la corte lo ignora,  
que de mí se está mofando.
- VALENZ. Y hoy vuestro padre levanta  
traidoramente un ardid,  
y tambien todo Madrid  
de su impunidad se espanta.
- MARIAN. Yo os debí de aborrecer,  
pero aunque tarde, os maldigo.  
Qué á un hombre que es mi enemigo,  
me haya empeñado en querer!
- VALENZ. Yo jamás os debí amar.  
No fué en mi capricho loco  
venir á buscar el foco  
donde me han de asesinar?
- MARIAN. Protectora soberana  
hánme dicho que teneis.  
Con casa en palacio os veis,  
quién á venturoso os gana?  
Idos, idos, que en la corte  
nadie vuestro amor ignora.
- VALENZ. La corte miente, señora.
- MARIAN. Oh! no hay fuerza que soporte  
este descarado traidor!  
qué mal tu defensa aprestas!
- VALENZ. Me vende tu padre, y éstas  
son las pruebas de tu amor.  
Adios, pérñda y tirana,  
adios...
- MARIAN. Fernando, detente:  
dices que la corte miente,  
dale pruebas á Mariana.

VALENZ. Y esplica tú cómo fué,  
que D. Juan de Austria aquí vino,  
para cambiar el destino  
que con mi sangre gané.  
Pues aunque el riesgo no es grave,  
y acaso en este momento  
reprime su osado intento,  
quien puede y todo lo sabe,  
es tan dañada intencion  
la suya y la de su gente,  
que otro nombre no consiente,  
que el feo de alta traicion.

MARIAN. Pues yo os juro, Fernando,  
que antes diera una vida,  
que está tanto dolor envenenando,  
que ser yo la sirena fementida,  
que os tuviese en mi amor entretenida,  
vuestro génio y valor debilitando.  
No es la pobre Mariana  
pérfida cortesana,  
que vende sus amores:  
comparad vos cuanto de mí dimana,  
con el grato perfume de las flores,  
con el cándido albor de una mañana.  
Mas, Fernando, esplicad esos rumores  
que en la corte circulan.

VALENZ. Nos oirán? Mis contrarios  
todos me acechan, todos disimulan  
su rencoroso anhelo,  
y soy perdido si por mí no velo.  
Esta es, Mariana, la verdad.—Un dia  
Toledo la imperial, resonó toda  
al rumor de una alegre cacería.  
Grandes y caballeros,  
y damas y monteros  
iban en cabalgada triunfadora:  
la reina misma en su corcel montada  
era allí la primera cazadora.  
Demos, dijo, principio á la jornada  
paseando altivos para mas decoro  
á la orilla del Tajo,  
por ver si lleva las arenas de oro.

Y cuando alegres por la orilla abajo  
iban gallardamente,  
con estruendo espantoso, de repente,  
las aguas resonaron,  
y un mónstruo, medio pez, medio serpiente  
junto á la misma reina vomitaron.  
Atónitos quedaron  
todos allí... en la playa,  
el mónstruo abre su fauce enrojecida,  
y alguna altiva dama se desmaya  
soltando á discrecion caballo y brida.  
La nunca vista forma  
de aquella nueva esfinge, su salida  
repentina, sus fieros  
mugidos aterraron los monteros.  
Demonio parecia,  
que á devorar á todos se venia.  
La reina con semblante  
de una color mortal, ya vacilante  
en la boca del mónstruo se creia,  
cuando un paje saltándole delante  
con heróica osadía,  
hundió al mónstruo el puñal dentro la boca,  
y luchando con él de roca en roca  
con movimientos de presteza suma,  
en lid que al Tajo espanta,  
venciólo, y lo rindió á la régia planta,  
vertiendo sangre y venenosa espuma.  
Aquel paje era yo...

MARIAN. Vos! tengo miedo:  
páreceme que aun dura el crudo trance.

VALENZ. En premio á mi denuedo,  
la reina á quien di vida en aquel lance,  
la espuela de oro me calzó en Toledo.  
Y desde entonces, estos cortesanos,  
de espléndidas veneras, mas villanos,  
cuya ambicion y encono,  
como irrita á la plebe, ofende al trono,  
á cada merced nueva que recibo,  
á cada sacrificio que hago en paga,  
arrojan el veneno corrosivo  
que á su envidiosa condicion halaga.

Miente la corte, miente,  
y ya que en tí la paz que ella me quita  
vino á buscar mi corazon doliente,  
no respondas al ódio que en tí escita,  
lanzando tu rencor sobre mi frente.  
Maldita sea, maldita  
la hora de mi próspera fortuna,  
si al deponer contigo  
el disfraz de un poder que me importuna,  
no encuentra en tí mi corazon abrigo  
contra la saña que en mi mal se aduna.

MARIAN. Oyéndote, Fernando,  
tu noble condicion mas me enamora.  
Como esta dicha terminára, cuando  
si entre fieras viviésemos ahora?  
Más, ay! para el amor pienso con pena,  
que entre los hombres siempre llega un hora  
en que la fé mas pura se envenena.

VALENZ. En mi virtud confia.

MARIAN. Y tú, Fernando, en la constancia mia.

VALENZ. Alguien se acerca. Con firmeza espero.  
No te alarmes, Mariana,  
si vuelvo á ser ministro y caballero,  
que defiende á su reina y soberana.

### ESCENA X.

DICHOS, PATIÑO.

VALENZ. Alegre venís, Patiño.

PAT. Sí: y aquí celebro hallaros,  
porque tengo que contaros  
nuevas que á mi alma de niño  
un gran regocijo dán.

Ved que cosas, D. Fernando;  
mientras vos estais amando  
se alzó el destierro á D. Juan.

VALENZ. Si alzar el destierro dejo,  
mi favor es quien le escuda.

PAT. La reina,—la reina viuda  
tuvo al rey algo perplejo:

- mas cuando D. Juan le habló  
tanto mitigó su saña,  
que vuelve á entrar en campaña  
el que á Turena venció.
- VALENZ. Pláceme que su pericia  
nos sirva en riesgos tan grandes:  
irá á Italia ó irá á Flandes,  
que él dá brillo á la milicia.  
Y si entre tanto, traidores  
contra el gobierno conspiran,  
sepan que hay ojos que miran  
y matan conspiradores.
- PAT. Aun no acabé.
- VALENZ. Pues decid.
- PAT. Regocijaos, buen amigo:  
esta vez creed lo que os digo,  
D. Juan se queda en Madrid.  
Mañana festejos dan  
en palacio á su venida,  
y á vos la reina os convida,  
y el rey convida á D. Juan.  
Asi unos y otros parciales  
se darán el parabien.  
No os sientan mis nuevas bien?
- VALENZ. Si tal: pues son tan leales  
cuantos yo ví en vuestro bando,  
que si uno de ellos me topa,  
me echará hiel en la copa  
si en ella néctar le mando.  
Pero no os dé pena á vos,  
que sois mi amigo sincero,  
á quien no es buen caballero,  
Patiño, ayúdele Dios.
- PAT. A vos el amor os gana  
por la mano, y dais á un lado  
con las cosas del Estado  
cuando os cita Mariana.
- VALENZ. Cierto: hay doctos pareceres,  
que dicen que hay en la historia  
quien se coronó de gloria  
por causa de las mujeres.
- PAT. A muchos ellas perdieron.

VALENZ. Pues son mas los que salvaron.

PAT. Cuando en palacio ahora hablaron,  
mujeres os defendieron.  
Una entre ellas... ya sabreis  
á quien aludo.

VALENZ. Patiño,  
teneis el candor de un niño,  
lo que sembrais cogereis.

### ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN DE AUSTRIA, URBINA, PANTOJA, HARO  
y BELTRAN. *Urbina y Pantoja se colocan al lado de don  
Juan de Austria, Haro y Beltran al de Valenzuela.*

MARIAN. Padre, padre, por piedad  
no echeis vos mas leña al fuego:  
ved que es peligroso el juego  
con quien os dió libertad.

D. JUAN. Vive Dios! qué es lo que veo?  
Es Valenzuela aquel hombre?

VALENZ. D. Juan, no os quedeis suspenso  
mostrando desden ó enojo  
conmigo, que á hablaros vengo,  
pues si por ministro acaso  
me mirais con torvo ceño,  
tratadme con cortesía  
por lo que de noble tengo.

URB. Os dá una leccion!

PANT. Os sale  
con un insulto al encuentro.

D. JUAN. Señor Valenzuela, ved  
que en mis venas sangre llevo  
de reyes, que yo eché á aquel  
ministro antecesor vuestro,  
de la corte, que en mil trances  
probé mil veces mi esfuerzo,  
y que si todo esto junto,  
para inspiraros respeto  
no es bastante, aun tengo espada,  
que venga bien los denuestos.

- VALENZ. Príncipe, el que antes echásteis  
era ministro extranjero,  
y yo sin línea bastarda  
de raza española vengo.
- URB. Llamais bastardo á D. Juan?
- PANT. De desnudar el acero,  
vive Dios! que siento impulsos,  
señor... paje.
- HARO. Calle el bueno  
de Pantoja, ó de un mandoble  
á refrenarse le enseño.
- BELT. Y no azuze el buen Urbina,  
que habrá quien le dé en los sesos.
- MARIAN. Caballeros, si á una dama  
quereis guardar miramientos,  
sin mas armas que mi llanto,  
yo os lo pido con mis ruegos.
- PAT. Templad; príncipe, la ira  
que está en vuestro pecho ardiendo,  
y vos, señor D. Fernando,  
idos á la mano en esos  
arrebatos, que un ministro  
no ha de ser hombre ligero.  
El rey y la reina quieren  
que existiendo un mútuo afecto  
entre vosotros, se traten  
en paz las cosas del reino,  
oyendo á todos y obrando  
conforme al mejor acuerdo.  
Aguardad hasta mañana  
que se ventile este pleito  
en palacio: el plazo es breve:  
mañana no está muy lejos.
- D. JUAN. Qué venis aquí á decirme?  
Acabad?
- VALENZ. Cuando en secreto  
llegásteis faltando á vuestras  
prescripciones de destierro,  
vinisteis á este hospédege.  
Y el rey dióle á su gobierno  
órden de buscaros otro  
mas conforme al rango vuestro.



D. JUAN. Rodeado allí de espías ¿cómo queréis tenerme?

VALENZ. Sospecho, y sospecho que no es esa la razón general.

D. JUAN. Que aquí me quedo decid, pues aquí estoy bien.

VALENZ. Además, cundió en el pueblo el rumor de una revuelta, cual la otra del extranjero, y en nombre del rey os digo, que al mas leve movimiento, vos con todos los que os siguen sois desterrados de nuevo.

D. JUAN. Fiais mucho en vuestra audacia.

VALENZ. Yo fio en la razón que tengo, y en tanto que se ventila, cual dice Patiño, el pleito, preparaos, porque es probable que os vais á batir flamencos.

MARIAN. Ay, Fernando!

VALENZ. Adios Mariana (*Con reserva.*)  
Paso franco, caballeros. (*A los de D. Juan.*)  
(*Vanse Valenzuela, Haro y Beltran.*)

## ESCENA XII.

D. JUAN. PATIÑO, MARIANA, URBINA y PANTOJA.

D. JUAN. Ira de Dios! Si mañana no vengo este horrible ultraje, es menester que á ese paje ahorquemos de una ventana. Pantoja, Urbina, avisad, avisad á todos luego.

MARIAN. Señor!...

PAT. Aparta: ese ruego no es amor, es liviandad. Y tú mañana conmigo, á palacio has de venir, y de muerte lo has de herir, siendo yo, yo tu testigo.

Calma, calma, caballeros:  
vamos bien, dejad que él diga  
y clame, y ande la intriga,  
antes que hablen los aceros.  
Calma, y pensad que es mejor,  
al vengar nuestro desdoro,  
dar la hiel en copa de oro  
con mas arte que valor.

(*Cae el telon.*)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**



## ACTO SEGUNDO.



Salon profusamente iluminado en el palacio del rey.—  
Varios sitios alrededor de una mesa.—Salidas al es-  
terior, á la izquierda.—Entradas al interior, á la de-  
recha.

### ESCENA PRIMERA.

PATIÑO y PANTOJA.

PAT. Me entendeis? decís á Soria,  
que solo á vuestra señal  
se mueva: que si este asunto  
de buena data no vá,  
á las puertas de palacio  
un lance ha de provocar,  
Que empiecen gritando algunos,  
«viva el príncipe D. Juan!»  
pero al crecer el bullicio,  
que haga que griten los mas,  
viva Valenzuela! Muera  
quien le quiere derribar!  
Dirásele al rey entonces  
que forzar su voluntad  
intenta el ministro, haciendo  
una farsa popular,  
y vereis cómo y cuán preso

PANT. vuelve en el favor atrás,  
Sin discrepar un ardite,  
como lo decis se hará. (Vase.)

## ESCENA II.

PATiÑO.

Valenzuela con la reina  
está formando su plan,  
há un buen espacio: por Dios  
que nuestro pleito va mal.  
Hacer que riñan es fuerza:  
mientras dure esa amistad  
no triunfaremos. Mariana  
anda en servirnos tenaz,  
mas á perder á su amante  
aquí conmigo vendrá.

## ESCENA III.

DICHOS, HARO, URBINA, *por una puerta de lo interior.*

HARO. Vos por aquí!... hermosa fiesta  
propia de casa real!  
Gran banquete! y reinó en él  
tan fina cordialidad,  
que entiendo que establecida  
ya está entre todos la paz.  
Tocó su dorada copa  
D. Fernando con D. Juan,  
y el rey con dulce sonrisa  
los vió la copa apurar.  
Así me place, pardiez!...  
yo soy franco y soy leal,  
y en presenciando estas cosas,  
me dan ganas de llorar.

PAT. Ya ni rastro ni memoria  
queda de aquella fatal  
discordia. Y comprendo, Haro,  
que anduvisteis perspicaz

como siempre.

HARO.

VI Acabó todo:  
soy vuestro amigo, voto vá,  
que á ejemplo de los primeros,  
los segundos han de obrar.  
Y dicen que en los palacios  
jamás entrá la verdad.  
Pues lo que yo toco ahora  
es que el rey á cada cual  
contiene en su esfera, y todos  
quedos á su vista están,  
deponiendo las querellas,  
y entregándose al solaz  
del régio albergue, en que habita  
la misma felicidad.  
Qué saludos tan corteses!  
Qué blandura en el hablar!  
Vaya! Si un hombre de guerra  
tan embobado aquí está,  
que hay figura de tapiz  
dos mil veces mas galan.

PAT.

Dónde anda el principe? (*Bajo á Urbina.*)

URBINA.

El rey  
se retiró á descansar,  
y á la puerta de su cámara  
le está aguardando D. Juan.

HARO.

Lástima que esta opulencia  
no pueda ser general,  
y con los gustos habria  
menos cuentos en que andar,  
mas do no hay harina, todo  
es mohina, dice un refran.

PAT.

Ya viene con Valenzuela  
la madre del rey, mirad!  
Dejadme, que soy un necio  
si no destruyo esta paz.

URB.

Eh! que la reina se acerca.

HARO.

Encantado mas y mas  
dudaba si era lá bóveda  
de nácar ó de cristal.  
Qué bien se vive en palacio!  
Esta si es tranquilidad. (*Vanse Haro y Urbina.*)

## ESCENA IV.

REINA, VALENZUELA, PATIÑO.

- REINA. De que comience ya es hora  
el consejo, y aun no vino  
el rey.
- VALENZ. Que estará imagino  
aun descansando, señora,  
Sintióse con el banquete  
fatigado.
- REINA. Entonces id  
y á su majestad decid  
que si su mal no promete  
alivio, yo asistiré  
por él á la conferencia,  
y en justicia, con prudencia,  
lo que mas convenga haré.
- PAT. Señora, su majestad  
llega pronto.
- REIN. Siendo asi,  
quedaos, Valenzuela. Aquí  
estamos bien en verdad.  
Hoy vuestro constante celo  
nos va á dar un fausto dia.  
Gran prez á la monarquía  
se seguirá de este duelo  
en que dos claros varones,  
sosten de la hispana ley,  
van á esplicar ante el rey  
sus opuestas opiniones.  
Yo con gusto os oiré á vos,  
pues sea dicho sin agravio  
de D. Juan, sois el mas sabio  
y el mas fuerte de los dos.
- VALENZ. Vuestra majestad sublima  
mi humilde merecimiento.  
D. Juan es algo violento,  
mas hombre es de grande estima,  
capaz de mucho en la guerra.

Si fuera á Italia ó á Flandes,  
prestára servicios grandes  
sin revolver en su tierra.

PAT. Señora: aunque merecí  
ser al consejo citado,  
asunto que no es de estado  
me tiene presente aquí.  
Vuestra opinion soberana  
ya escuché: no me permito  
contrariarla: yo la admito  
por ser vos de quien emana.  
Mande el rey nuestro señor  
lo que á su gusto mas cuadre:  
pero permitid que un padre  
antes os pida un favor.  
Dióme el cielo una hija tal,  
por lo hermosa, que me fundo  
si os digo que ella en el mundo  
no puede tener rival.  
Dudo que si compitiese  
con una reina, en tal guerra,  
en la estension de la tierra  
otra que vos la venciese.  
De exagerada alabanza  
no debo yo hacerla objeto,  
por guardaros el respeto  
altísimo que os alcanza.  
Pero es tal y tan discreta,  
y tan estremada en todo,  
que no hay en la lengua modo  
para que os dé luz completa.

REINA. Presentadme ese portento.

PAT. Eso anhelo cual vereis  
si la aprobacion quereis  
prestar á su casamiento.

REINA. Pero, Patiño, hay esposo  
que cuadre á tan alto empleo?

PAT. Hailo ya, pues por trofeo  
rindió á sus piés humilde  
á un hombre cuya fortuna  
fué de tan pingüe valer,  
que pudo su amor poner

- sobre el cerco de la luna.
- VALENZ. Infame! cuanto veneno (Ap.)  
del negro labio destila!
- PAT. Mi conciencia anda intranquila,  
si un amor honrado y bueno  
no llevo al punto al altar.  
Ese que teneis delante,  
vuestro ministro es su amante,  
y con él debe casar.
- REINA. Guardábaisme este secreto,  
Valenzuela!
- PAT. Ved, señora,  
como mi hija se enamora  
de un hombre de alto concepto.  
Y él, vuestro ministro, á un punto  
llevó su amor estremado,  
que embebecido, encantado,  
no se halla sino á ella junto.  
Siempre en coloquios suaves,  
siempre en dulce confianza  
la asiste con tal vehemencia,  
que es estraña en hombres graves.
- REINA. Basta, Patiño. Avisad  
al rey que yo aquí le espero,  
y que D. Juan el primero  
tambien venga, en mi amistad  
fiado, pues fuera saña  
negarle, y muy grave error,  
que es el general mejor  
de la mal regida España.
- PAT. Soy vuestro humilde vasallo,  
y á hacer voy cuanto mandais.  
Cuando vos, señora, hablais,  
yo admiro, obedezco y callo. (Vase.)

## ESCENA V.

REINA, VALENZUELA.

- VALENZ. Quéreis ya mi ruina?  
qué haceis, señora? A quien os sirve ciego



tan duro fin vuestra bondad destina?

Que mediteis os ruego,

que si sucumbo luego,

de vos tambien rudamente contrariada

por el opuesto bando,

vereis tal vez en hora infortunada,

la majestad real irse eclipsando!

De enemigos crueles rodeada,

que D. Juan acaudilla,

ved lo que haceis: capaces

son de dar el escándalo en Castilla

de firmar hoy con vos mentidas paces,

para despues sin miedo

desterraros á Burgos ó á Toledo.

Nos acechan los mismos enemigos:

en iguales amigos,

ó reina, confiamos:

si en el trance los dos nos dividimos,

juntos tambien los dos nos despeñamos.

REINA. Cierta que el interés nos aconseja

vivir en paz. Mas temo que me deja

mi mejor paladin abandonada,

cuando entre mis contrarios mas tenaces

le veo buscar su amada.

Tambien vos firmais paces

callándome el secreto?

fué esta traicion, decidme, ó fué respeto?

VALENZ. Fué un tristísimo dia

de horrible soledad: en mi horizonte

solo una estrella fulgida veia,

peró esa estrella alzada sobre un monte

siempre á mis ojos ávidos huia.

Vos lo sabeis. Locura de un deseo

temerario: imposible devaneo

de mente estraviada,

era alcanzar la estrella coronada.

Vaciló en sus cimientos

el eje de mis claros pensamientos,

y en vértigo tenaz siempre perdida

mi alma delirante,

pensé perder la miserable vida

bajo el influjo de la estrella amante.

- Vos, reina, á mis dolores  
disteis suave consuelo,  
diciéndome, «buscad otros amores  
que mas benigno favorezca el cielo:  
huid de las espinas, buscad flores  
y echad á vuestro amor un denso velo.»  
Fué inmenso el sacrificio!
- REINA. Mas vos le consumásteis, y ni huella  
quedó de aquella coronada estrella.
- VALENZ. Oh! siempre vá en mi corazón grabada.  
Quien me protege es ella:  
ella es quien siempre con su luz amada,  
alumbra mi camino:  
ella es mi fé, mi gloria y mi destino.
- REINA. Qué dejais de ese modo  
á vuestro nuevo amor, si lo dais todo  
á un imposible ensueño?  
Ved, Valenzuela, que en prodigio toca  
salir bien de este empeño.
- VALENZ. Piedad, ó reina: suene en vuestra boca  
solo una voz perdida,  
y es hácia vos mi gratitud tan loca,  
que como un dado jugaré la vida.  
Inventad ocasiones  
de peligros y hazañas inmortales,  
empresas de fortísimos varones,  
trances donde se prueban los leales:  
siempre á una voz, á una mirada, á un gesto,  
al sacrificio me hallareis dispuesto,  
y aun antes de que hagais un leve indicio,  
antes me brindaré yo al sacrificio.
- REINA. Este es el Valenzuela  
que yo conocí paje:  
mas, cómo vuestro ingenio no os revela  
que me haceis un ultraje,  
amando á quien sin duda es mi enemiga,  
y oculto intento contra vos abriga?
- VALENZ. Vos no la conoceis: una venganza  
no cabe en aquel ser tan candoroso,  
donde entre nubes de oro la esperanza  
vive en feliz reposo.
- REINA. Callad, y ved si vuestro pecho lanza

de sí ese amor que me es muy enojoso.  
Solo á esta condicion contad conmigo.  
Si á ella faltais, os doy por mi enemigo.

VALENZ. Pobre corazón mio! (Ap.)

cómo has de estar inmóvil y vacío!

UGIER. El rey!

VALENZ. Llegó la hora.

Dadme apoyo, señora.

REINA. Y ayudaos vos tambien haciendo alarde  
de un alma inteligente y no cobarde.

### ESCENA VI.

DICHOS, EL REY, D. JUAN DE AUSTRIA, PATIÑO. *El Rey  
llega apoyado en D. Juan, mostrando el estrago de sus  
dolencias: al llegar despide la servidumbre.*

REY. Tienes un brazo robusto,  
D. Juan: en él apoyado  
puede un rey ir descansado  
sin recelo ni disgusto.  
Hola! Estamos aquí todos.  
Tanto mejor! mal me siento!  
este febril ardimiento  
me ataca de muchos modos.  
Y hoy vacila mi cabeza,  
y ando muy torpe y reacio:  
con que, con calma y espacio  
vamos á ver quien empieza.  
Tomad asiento.—Señora,  
vos aquí... dichosa vos  
que estais tan buena: á mí Dios  
mas cada vez me empeora.  
Su santa voluntad sea.

REINA. Si os hallais tan fatigado,  
quede este asunto aplazado.

REY. No puede ser; ya esta idea  
que me ocurrió, hemos de ver  
si de algo sirve, escuchando  
del uno y el otro bando,  
los gefes de mas valer.

Me han dicho que se difunde  
vuestra discordia, y que impía  
matará mi monarquía,  
si mas el veneno cunde...

Ay! la voraz calentura  
no me deja... apenas puedo...

El rey no os inspira miedo;  
vuestro ódio, vuestra locura  
me está desgarrando á mí  
y á mi reino.—Sois tiranos  
por ahí fuera, y cortesanos  
muy lisonjeros aquí.

REINA. Qué haceis?

REY. Callad vos.—Decid:  
fuera en mí muy grande esceso  
querer tambien traerme preso  
á Luis catorce á Madrid?

VALENZ. Contésteos el general,  
pues si él vá y lidia en persona,  
con el valor que le abona,  
de vuestro abuelo imperial,  
la prez reproduciria:  
salga D. Juan para Flandes,  
y obtendreis triunfos tan grandes,  
que igualen al de Pavia.

REY. Tienes razon.—Tú, D. Juan,  
que eres tan bravo soldado,  
puedes salvar el estado.  
Preséntame, pues, tu plan.  
Dime como se defienden  
mejor nuestras posesiones  
de esas francesas legiones,  
que do quiera nos ofenden.  
Dinos, dínos lo que hacemos,  
que en Sicilia mal andamos,  
en Portugal no ganamos,  
y á toda Flandes perdemos:  
y nos persigue el francés,  
y el holandés nos engaña,  
pues si alguno ayuda á España  
para robarla mas es.  
Todos, todos mi corona

me roban, qué mas afrenta!  
Si el rey de Francia hasta intenta  
poner sitio á Barcelona!  
Si hasta los moros, D. Juan,  
mofándose de Castilla,  
me abofetean en Melilla,  
y me escupen en Oran!  
Ay! moriré de dolor!...

REINA. Hijo, ved que enfermo estais,  
y que si asi os exaltais,  
iréis de mal en peor.

REY. Vamos, di tu plan.

D. JUAN. Si España  
ha de recobrar su imperio,  
cambiad de ministerio,  
que es quien aquí mas os daña.  
Porque cuando Europa vé  
que, á salvo la majestad,  
todo aquí es debilidad  
en quien manda, y poca fé  
en quien obedece y calla,  
no queda ya, aunque os asombre,  
en España mas que un hombre,  
que oponga una firme valla.

VALENZ. Ese hombre, segun vos,  
sois vos mismo.

D. JUAN. Asi es verdad:  
mi esperiencia y calidad,  
no tienen en Madrid dos.  
Si interrumpida mi obra  
con artes de mala ley  
no hubiese sido, hoy el rey,  
que al verme el aliento cobra,  
llorára menos baldones.

REY. Tu plan, tu plan.

D. JUAN. Dadme á mano  
cargamento americano  
de plata; y grandes legiones,  
dadme rigurosas leyes,  
que no arguyan de flaqueza,  
y pujanza y entereza  
en generales, vireyes,

- y gobernadores, y,  
ó yo deshonro mi nombre,  
ó pruebo que soy el hombre  
que os puede salvar aquí.
- REINA. Sabéis que digo, D. Juan?  
que es vuestro plan poco vasto.
- REY. No estamos para ese gasto:  
vale muy poco tu plan.  
Naufragó la última flota:  
todo el mundo es ya soldado:  
vaya! en cosas del estado  
poco tu saber se nota.
- D. JUAN. Señor!...
- PAT. Dejad que se explique  
Valenzuela. (*Ap. á D. Juan.*)
- REY. A ver, Fernando,  
tú que acaudillas un bando,  
y eres ministro, qué dique  
piensas poner al torrente  
de nuestros males... espera...  
con la calentura fiera,  
ay! se me parte la frente.  
Ya te oigo.
- VALENZ. Un solo camino  
de conservar esta herencia,  
os dirá mi escasa ciencia.  
La balanza del destino  
equilibrar aun podemos,  
si do quier lleve el francés  
su ensangrentado pavés,  
nosotros paz ofrecemos.  
Déspota y conquistador,  
sin que haya quien lo resista,  
el rey de Francia conquista  
para oprimir con rigor.  
Ved aquí sin arrogancia,  
mi plan.—Anunciar al mundo  
que indigna á Cárlos segundo,  
la sangre que vierte Francia:  
y que antes de que un abismo  
se abra á Europa, vos, un rey,  
hombre de paz y de ley,

condenais su despotismo.  
El pabellon de Castilla  
asi oscilará inmortal  
de Flandes á Portugal,  
de Nápoles á Melilla,  
pues en la condenacion  
de un despotismo que os pesa,  
haceis una alta promesa...

PAT. Sí!... mas, y la inquisicion?..

REY. Y si quieren por su gusto  
regirse y nada les dá  
del rey de aqui ni de allá?  
Nadie se pone en lo justo.  
Uno aprieta y otro afloja  
demasiado, ay! y yo estoy  
que á morir un dia voy  
de un soplo que ni una hoja  
mueva en un árbol. Dios mio!  
Con la salud que me has dado,  
tédio me inspira el estado,  
que veo de color sombrío.

REINA. Queden, pues, como ahora están  
las cosas, ya que ninguno  
os dá un remedio oportuno,  
y no os place ningun plan.

D. JUAN. Mas rigor se necesita.

VALENZ. Yo os pido menos encono.

D. JUAN. Con vos peligra su trono.

VALENZ. Con vos el pueblo se irrita.

D. JUAN. Quiera el rey nuestro señor,  
y os mostraré lo que valgo.

VALENZ. Si yo del poder no salgo,  
vereis audacia y valor.

PAT. Respetad mas la persona  
del rey, señor Valenzuela.

REINA. Esplicaos con mas cautela,  
D. Juan, que el rey no perdona  
esos desacatos.

REY. Bien!

*(Saliendo de su postracion.)*

ya oi vuestros pareceres.  
Valenzuela, bueno eres!

Y tú, D. Juan, tú también.

Idos todos, menos vos.

Señora: pensando quedo  
lo que ha de ser, y si puedo  
pronto lo sabreis los dos.

VALENZ. Ved que caigo, y que es preciso

(A la reina ap.)

que ampareis vuestro privado.

D. JUAN. Qué le dijo? (Ap.)

PAT. No hay cuidado:

vamos á dar un aviso.

(Vánse Valenzuela, D. Juan y Patiño.)

## ESCENA VII.

EL REY, la REINA.

REY. Tengo que comunicaros  
una novedad, señora.  
Fernando vuestro valido,  
á un calabozo ó una horca  
irá á parar. si son ciertas  
las maquinaciones sordas  
que prepara en su favor,  
por si el mio le abandona.  
No sabeis? hay capitanes  
que juran y al cielo votan,  
que cien lanzas romperán  
si á Valenzuela el rey toca,  
y anda un rumor por la corte,  
y una agitacion tan honda,  
que puede comunicarse  
acaso á la nacion toda.

REINA. Pienso que os han engañado:  
quién os ha dicho esas cosas?

REY. Patiño.

REINA. Por qué las pruebas  
no le pedisteis?

REY. Ahora  
vendrá su hija Mariana,  
que es quien la verdad abona  
de estos hechos. Se pretende



que seais vos gobernadora  
del reino: los conjurados  
contra mí calumnias forjan:  
dicen que soy un imbécil:  
ira de Dios! oh! me ahoga  
la cólera! desdichado  
del que entre mis manos coja!  
Y á vos no os han dicho nada  
de esto?

REINA. El oírlo me asombra  
ahora por la vez primera.

REY. Pues espionaje de sobra  
teneis, y vuestros parciales  
con los míos mas se enconan  
cada día. Madre! madre!

REINA. Abrigais siquiera sombra  
de sospecha contra mí?

REY. Libreme Dios de tal cosa!  
Pero!...

REINA. Yo os pido el castigo  
de los que mi nombre toman  
para perturbar el reino  
con tan tenaces discordias.  
Vos sois el rey de Castilla,  
rey amado, en quien se goza  
mi noble orgullo de madre.

REY. Así lo creo, señora.  
Oiremos á Mariana,  
y en sana paz y concordia  
daremos fin juntamente  
de esos que á su rey deshonran,  
y si el gefe es Valenzuela,  
Valenzuela irá á la horca.

REINA. Mas si es calumnia, qué hareis  
para que no inventen otra?

REY. Que el fallo del calumniado,  
al calumniador se imponga.  
Llamad, reina, á Mariana,  
que estoy fatigado. (Se sienta.)

REINA. Hola!  
que entre esa jóven que espera.  
(Ap.) Cielos! por qué una zozobra

indefinible me asalta  
cuando mi labio la nombra?  
**REY.** Interrogadla vos, madre:  
segun me han dicho es hermosa,  
Valenzuela enamorado.  
sus secretos confióla,  
y por no sé que despecho  
del viene á vengarse ahora.

### ESCENA VIII.

DICHOS y MARIANA.

**REY.** Acércate.

**MARIAN.** Temblando,  
ó reyes de Castilla, yo os saludo.  
Mi padre aquí me envia. . .

**REINA.** La vista alzad: la reina os está hablando.

**MARIAN.** Cielos! la reina! una sonrisa impía  
leo en su rostro sañudo. (Ap.)

**REINA.** Sois vos la hermosa dama  
que sabe del amor mas que ninguna,  
segun cuenta la fama?  
Sois vos la que ha aprendido una por una  
las cosas del estado,  
de boca de un ministro enamorado?  
Sois vos la que el retiro  
dejais de los amores,  
por vengar el desden de algun suspiro,  
mezclándoos de la guerra en los furoros?  
Responded.

**MARIAN.** Yo soy solo  
una mujer que hirió la desventura:  
yo soy quien tengo un corazon sin dolo,  
yo quien le traigo henchido de amargura.  
En mi contraria suerte  
soy la que por amor lágrimas vierte,  
la que odia su hermosura  
y desprecia el vivir y ama la muerte.

**REINA.** No os comprendo: esplicaos, quiere el monarca  
saber de vuestra boca  
cuanto esa oculta sedicion abarca,

que su ministro pérfido provoca  
Revelar todo el plan á vos os toca.

Decid, pues, con presteza  
lo que sépáis, pues si se prueba el crimen,  
costará á Valenzuela la cabeza:  
mas, si esa mancha que en su frente imprimen  
es calumnia que engendra una querella,  
la espíará Patiño, inventor de ella.

REY. Qué dices á eso tú? Mariana, tente  
que amarillea tu frente,  
y caerás al suelo desplomada.

Haz la verdad para tu rey patente.

MARIAN. Piedad, señor, de mí desventurada!  
Cómo los santos lazos  
de mi deber filial, como un estrecho  
amor quereis que rompa en mil pedazos?  
Llevo acaso en mi pecho  
un corazon de fiera?

Yo he de quitar la vida á quien la mia  
mil y mil veces diera?

Qué ha de deciros de la guerra impía  
que devora el estado,  
un pobre corazon enamorado?

Yo solo sé llorar: en mi retiro  
dejé correr mi amor, libre de encono.  
Qué importa un ay! envuelto en un suspiro  
á los que estan sentados en un trono?

REINA. Vuestra apariencia cándida os abona:  
mas ved que esa reserva  
del rey pone en peligro la corona.  
A vuestro padre condenais callando.  
Tan loco es vuestro amor por D. Fernando?  
Alzad, alzad el velo  
que cubre esos amores criminales.

Ignorabais, Mariana,  
que hay aquí amores que maldice el cielo,  
y que el que corre trás su sombra vana,  
apura en solo un mal todos los males,  
y es el mas infeliz de los mortales?

REY. Muy bien dicho, señora:  
pareceis vos la enamorada ahora,  
pero yo estoy enfermo y no me gusta

la gente que me llora.  
Acaba. En qué quedamos? quién conspira?  
Quién mi régia opinion tacha de injusta?  
Quién dijo la verdad? quién la mentira?  
Mas qué es eso? A qué vienes?

*(Aparece Valenzuela sobresaltado.)*

Quién aquí te llamó? qué es lo que tienes  
que vienes tan turbado?

MARIAN. Ay! Tambien él es muy desventurado!

## ESCENA IX.

DICHOS y VALENZUELA.

VALENZ. Señor! un grave peligro  
cerca á vuestra majestad.  
Andan gentes por las calles  
gritando, viva D. Juan!  
y con procaz insolencia  
me han ofendido al pásar.  
Cuerpo á cuerpo Diego Soria,  
que era el gefe mas audaz,  
ha peleado conmigo,  
mas tambien herido vá,  
que no hay miedo en buen espacio  
de que él altere la paz.  
Quéreis pruebas? Asomaos  
á ese balcon: allí están  
con las espadas desnudas  
aclamando sin cesar,  
unos por primer ministro,  
y otros por rey á D. Juan,  
pues dicen que vos sois débil  
y él tiene sangre real.  
Recordais que de este modo  
cayó el ministro Nitchard  
mi antecesor; ellos dicen  
que asi tambien caerá  
Valenzuela, y que si el rey  
en echarlo anda tenaz,  
por donde vaya el ministro

irá un rey que reina mal.

Mirad: allí está Patiño,  
allí el príncipe D. Juan.

REY. Ya los veo, ya los veo. (*Cayendo en un sillón.*)

Infames! qué iniquidad!

Ellos son y te calumnian.

Con qué altanero ademán

á las puertas de palacio

me vienen á deshonrar!

Oye: tienes tú valor

para prender á D. Juan?

REINA. Si vos lo mandais, él es  
vuestro vasallo leal.

REY. Pues préndelo. A mí las fuerzas  
me faltan para lidiar.

Prende tambien á Patiño,

que es un mónstruo de maldad,

que te atribuye las culpas

del revoltoso D. Juan,

y... ay!... no puedo...

REINA. Retiraos:

Fernando todo lo hará  
como si fuerais vos mismo.

Vos habeis menester paz

y descanso. Venid, hijo.

REY. Que no me alboroten mas (*A Valenzuela.*)

las calles esos traidores,

y al vil Patiño hazlo ahorcar.

REINA. Valor! Vuestra propia honra (*A Valenzuela.*)

pendiente de vos está.

(*Vánse el rey y la reina.*)

## ESCENA X.

VALENZUELA, MARIANA.

MARIAN. Fernando, Fernando, tente:

ay! en tu semblante leo

el rencoroso deseo

de una cólera impaciente.

Mira que á mi padre vas

á matar, y entonces Dios  
no querrá que entre los dos  
pueda haber amor jamás.

VALENZ. Cesa por Dios, Mariana,  
que si me deshonro muero:  
déjame hoy ser caballero  
para adorarte mañana.

MARIAN. Templa al menos el rigor  
de la sentencia del rey.  
Hay en el mundo una ley  
que mande mas que el amor?

VALENZ. Mátame, porque es á fé,  
para mí mas leve pena,  
que oír tu voz de sirena,  
que me abre un abismo al pié.  
Ya se acercan: ya en monton  
llegan: retírate allí:  
tu amor siempre vive en mí,  
prenda de mi corazon.

*Retrase Mariana á una estancia contigua.)*

## ESCENA XI.

VALENZUELA.

Este altanero D. Juan,  
que me ofende de mil modos,  
me la ha de pagar por todos  
los que de su banda están.

## ESCENA XII.

DICHO, D. JUAN DE AUSTRIA, PATIÑO y AMOTINADOS.

D. JUAN. Dónde está el rey mi señor?

VALENZ. Aquí sentado en su silla:

*(Sentado en el sillón del rey.)*

yo soy el rey de Castilla:

vamos, hablad con valor.

Decid cual es la querella

que tan descompuesto os trae,  
mas antes ved que no cae  
el mal ministro por ella.  
Y ved tambien que si en nombre  
del rey no os dais á prision,  
atado como un ladron  
saldreis de aqui, aunque os asombre.

D. JUAN. Así me tratáis á mí,  
que soy de sangre real,  
y príncipe y general,  
que glorias á España dí?  
Tened vuestra lengua osada,  
que no fuera maravilla,  
que sentado en esa silla  
os diese una bofetada.

VALENZ. D. Juan! *(Levantándose.)*

PAT. Lleváoslo hácia afuera:  
*(Ap. á D. Juan.)*

retadle y nos salvaremos.

D. JUAN. Dánme risa los estremos  
de vuestra apostura fiera.  
Del rey escudado, alarde  
haceis de un valor mentido  
para insultar á un vencido  
con astucias de cobarde.

VALENZ. D. Juan! D. Juan!

PAT. No dejeis *(Ap.)*  
de provocarle: insistid.

D. JUAN. Dejad el puesto y salid  
conmigo donde probeis  
que no ennoblecíó á un villano  
indigno de hidalgo fuero,  
quien os hizo caballero  
y os acercó á un soberano.

VALENZ. Basta. Si una estrecha cuenta  
no os pido, es porque la ley  
y el respeto de mi rey  
atajan mi ira violenta.

D. JUAN. Cobarde sois, no hay dudar,  
que os disculpais de mil modos,  
mas para afrenta, ante todos

yo os arranco este collar.

(Valenzuela llevará el de la orden de Santiago.)

VALENZ. Oh! Vamos! y sea maldito  
mi nombre, infame bastardo,  
si en la venganza que aguardo,  
yo la existencia no os quito.

PAT. Idos. Ya la libertad (Ap. á D. Juan.)  
cobrasteis de esta manera.

D. JUAN. D. Fernando, aguardo afuera.

VALENZ. D. Juan, afuera aguardad.  
(Vase D. Juan.)

### ESCENA XIII.

DICHOS, menos D. JUAN.

PAT. Teneis la sangre de fuego,  
y el rey os dirá despues  
que un ministro que tal es,  
pierde y precipita el juego.  
No os habeis apercebido  
de que sois vos el que ahora,  
la gente revolvedora  
proclama con gran ruido.  
Y de que esos que ahí estan  
vienen hollando la ley  
para poner miedo al rey,  
por vos, y no por D. Juan.  
Sois sobrado caballero.

VALENZ. Y vos, con disfraz amable,  
sois sobrado miserable  
y en vuestras lides rastrero.  
Y vive Dios que este ardid,  
Patiño, hoy ha de acabar,  
pues os voy á hacer ahorcar  
donde os vea, todo Madrid.  
Hola! (Llamando.)



### ESCENA XIV.

DICHOS, MARIANA.

VALENZ. Ay de mi!

MARIAN. Fernando,  
qué vas á hacer? Si pronuncias  
esa sentencia que anuncias,  
dos vidas quitas hablando.  
De nuestro intenso cariño  
olvidas la dulce ley?

VALENZ. No... Mariana.

### ESCENA XV.

DICHOS, la REINA. *Después de haber oído á Valenzuela  
deteniéndose en la puerta.*

REINA. Os llama el rey:  
venid á hablarle, Patiño.

*(Mariana lanza una carcajada irónica y convulsiva.)*

VALENZ. Cielo! Ayuda mi valor, *(Aterrado.)*  
pues en la lid que te imploro,  
me dan hiel en copa de oro,  
la fortuna y el amor.

*(Los amotinados quedan absortos.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.



Estancia de D. Fernando de Valenzuela en el palacio del rey. Una puerta al exterior á la izquierda. Otra al interior á la derecha. Sala amueblada elegantemente. Una mesa con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

VALENZUELA, URBINA, PANTOJA, UN NOTARIO.

- PANT. Poned arriba: inventario que hace el capitan Pantoja de los papeles y libros, y otras diferentes cosas del señor de Valenzuela.
- VALENZ. Todo el mundo se desploma sobre mí. Ya no me queda de lo que ayer fui ni sombra. Yo sin esperanza alguna y ella. cielos! ella loca! Tronó el destino en su mente y se la deshizo toda.
- NOTAR. Ya está.
- PANT. Abajo: —Manuscrito de una prolija memoria

sobre el gobierno de España,  
con ideas peligrosas,  
combatiendo los errores  
de la monarquía goda.

URB. Por esa senda van muchos  
á la hoguera y á la horca.

PANT. Sucesos contemporáneos  
de la Gran Bretaña. Es obra  
donde de Oliverio Cromwel  
la dictadura se elogia,  
con la historia del suplicio  
del rey Cárlos.

URB. Esa sola  
curiosidad sí que es grave,  
y merece un auto en forma.

PANT. Las tragedias de Racine.—  
El autor con firma autógrafa  
las dedicó á Valenzuela.

URB. Pues que le dedique otra  
sacándola del asunto  
de su lamentable historia.

PANT. Un antifaz de una dama  
con flores de oro en las orlas.

URB. Siempre fue dado el ministro  
á aventuras amorosas.

PANT. Un manto.

URB. La real pragmática  
poned que infringe por nota  
donde el uso de disfraces  
se prohíbe á las damas todas.  
Pero decid: no sellasteis  
la biblioteca? á qué es otra  
precaucion?

PANT. Este inventario  
no es mas que de aquellas cosas  
que en el gabinete vimos.  
Ya acabo, pues eran pocas.  
Dos espadas toledanas  
con dos inglesas pistolas.

URB. Hola! armado hasta los dientes  
para evitar las zozobras  
de una conciencia intranquila,

- rebelde y provocadora.  
PANT. Está todo ya, notario?  
NOTAR. Cual lo dijo vuestra boca.  
PANT. Pues firmad, que los papeles  
el mismo rey en persona  
quiere registrarlos y  
aquí van. Muy enojosa  
nos ha sido la tarea.  
Mas cuando el deber impone  
una obligacion odiosa,  
hay en cumplirla virtud.  
URB. Vamos, anda: no seas mosca,  
y deja que se esté un muerto  
quedo bajo de su losa.  
(*Vánse Urbina, Pantoja y el notario.*)

## ESCENA II.

VALENZUELA, BELTRAN.

- BELT. Llévelos el mismo infierno.  
Viles sayones! Ignoran  
que á la desgracia respeto  
deben. Señor, de aquí vámonos,  
que todo lo que ahora vemos  
son desengaños, y estamos  
tragando mucho veneno.  
Aquí doña Mariana  
perdió á fuerza de tormentos  
la razon, que no le torná  
si no os la llevais muy lejos.  
Frágil vaso que se ha roto  
al primer sacudimiento.  
Casa el rey en su palacio  
os dá aun; pero estais preso  
en ella, y euando descubran  
que anoche con gran misterio  
disteis la manó á la dama  
que está con vos aquí dentro,  
van á tronar contra vos  
hasta estos mármoles viejos.

Vámonos de aquí, señor,  
y dejad al otro el puesto.  
Si os confiscan vuestros bienes,  
contad con los que yo tengo:  
pocos son, mas vive Dios,  
que de veras los ofrezco:  
quiere decir, que si falta  
trabajaré, y viviremos.  
De ira y de dolor son estas  
tristes lágrimas que vierto.

Qué mal os pagaron todos,  
cuando vos fuisteis tan bueno!

VALENZ. Pobre Beltran! Mucho, mucho  
tu lealtad agradezco,  
mas se cumplirá mi sino.

BELT. Mirad que os forman proceso,  
y os acusan de que hablásteis  
de tal modo en el consejo  
del rey, que les dió en las mientes,  
que vos érais comunero,  
y anda ya la inquisicion  
echándole leña al fuego.  
Tambien dicen que vos sois  
el que trae á Madrid inquieto,  
y os culpan de la revuelta  
última que otros urdieron,  
y os acusan de que vos  
provocásteis aquel duelo  
en palacio con D. Juan,  
que ojalá le hubierais muerto,  
y no se mezclara el rey  
para impedirlo, en el cuento,  
En fin, señor, no hay calumnia,  
no hay mentira, no hay enredo  
que no forjen contra vos,  
que de todo estais ageno.

VALENZ. Déjalos, Beltran. Qué quieres  
que contra mi sino adverso  
haga yo, si se conjuran  
para mi mal tierra y cielo?

BELT. Ese Patiño... jamás  
un hombre ví tan perverso.

VALENZ. Calla, no te oiga Mariana,  
y comprenda tus denuestos.  
Infeliz! Son sus delirios  
cual las penas del infierno  
para mí.

BELT. Tambien la reina...

VALENZ. Beltran, Beltran, te encomiendo  
la prudencia.

BELT. Es que os añdais  
vos con muchos miramientos,  
y que esto para en desastre,  
me está el corazon diciendo.  
Vámonos de aquí, señor,  
á una cabaña, á un desierto,  
á cualquier retiro, donde  
no tengo yo tanto miedo  
por vos.

*(Aparece una dama envuelta en un manto.)*

Mas qué?

VALENZ. Quién será?

Vete, Beltran, y silencio.

*(Vase Beltran.)*

### ESCENA III.

VALENZUELA, *la* REINA.

VALENZ. Señora, vos aquí! Qué pensamientos  
á este lugar os traen?

REINA. Vengo á salvaros.

VALENZ. Son vuestros intentos  
ya inútiles, señora.

Alzásteis en un hora mi fortuna  
para estinguirla luego en otra hora.

La ilusion del poder ya me importuna  
y anhelo solo paz consoladora.

Oh! Dejadme que apure hasta las heces  
la hiel que en copa de oro me brindaron.

Dios perdone á mis jueces

y á los que contra mí los concitaron.

REINA. No os conozco: á tal punto

llevais vuestra flaqueza,  
vos que érais del valor vivo trasunto.

VALENZ. Es que al fin mi mortal naturaleza  
en la lid se ha agotado,  
y ya vencido inclino mi cabeza  
ante la ruda adversidad del hado.

REINA. No desmayeis cobarde,  
que para el bien no es tarde:  
aun resta una esperanza:  
oidla, Valenzuela:

D. Juan dió rienda suelta á su venganza,  
que en todo se revela.  
Su vencedora ley sufrir no puedo,  
y en tanto ponga el rey su confianza  
en él, voime á Toledo.  
Acompañadme vos...

VALENZ. Soy libre acaso  
para hacerlo? Si doy un solo paso  
fuera de ese dintel, veré trocada  
mi prision, que aun es régia, en otra impia  
con cerrojos sellada.

REINA. Yo la prision, Fernando, os alzaría.

VALENZ. Ay! ya los jueces tienen decretada  
tal vez mi muerte ó mi espulsion.

REINA. Mi escudo  
tambien os salvará.

VALENZ. Romped el nudo  
que nos une: el destino  
no quiere que sigamos un camino:  
no lo consiente el soberano fallo  
que no hizo igual la reina y el vasallo.  
Huid de mí! Cuánto mi mano toca  
se vuelve desventura!  
Mirad, mirad!

*(Señalando la puerta que dá al interior de la casa.)*

REINA. Oh cielos!

VALENZ. Está loca!

Huid de la mansion de la amargura.

## ESCENA IV.

DICHOS, *MARIANA vestida de blanco con los cabellos sueltos, y profundamente demudada.*

MARIAN. No... espera... no me huyas (*A la reina.*)  
tú debes ser alguna desdichada,  
y quiero yo que entre las penas tuyas  
pongas la historia de una esposa amada.

REINA. Esposa? es cierto?

VALENZ. La verdad os dice:  
asi su amor inmenso satisface.

MARIAN. Verás... Era esta esposa como un lirio  
á orillas de una fuente:  
ni pena ni martirio  
se reflejaba en su alma trasparente.  
Pasó el amor un día,  
y al verla tan hermosa,  
tuvo con ella una tenaz porfia,  
hasta que al fin, la que despues fué esposa,  
amó al amor que tanto la queria.  
Y tú no sabes... Hay en los amores  
un fugitivo instante  
en que solo se ven praderas, flores,  
un sol de luz radiante,  
paisajes seductores,  
que hacen dichoso un corazon amante.  
Mas luego... el horizonte se reviste  
de una color muy triste,  
se anubla el sol, las flores desfallecen,  
y el aire no embalsaman,  
y encima nubes hórridas se mecen,  
y abajo fieros huracanes braman...  
y entonces los amantes enloquecen,  
cuando con todo el corazon se aman.

VALENZ. Infeliz!

REINA. Qué tormentos  
su delirio revela!

MARIAN. Ay! Aquí donde estan los pensamientos,  
tengo un ascua infernal, una ignea flecha



clavada á todas horas.  
No me interrumpas tú con tus lamentos,

(A Valenzuela.)

dichoso tú que lloras!

Oye, que aun no acabé. No te he contado

(A la reina.)

mi boda, que fué ayer. Mujer ninguna,  
con mi lujo oriental se ha desposado.

Manto de sangre se vistió la luna,

y un vendaval las hachas de himeneo,  
todas barrió sin olvidar ni una.

Era mi esposo un reo

de alta traicion... mi padre su verdugo:

brillaban en la sombra mil puñales,

y yo pensaba, porque á Dios le plugo

que no era boda, que eran funerales.

REINA. Volved en vos, Mariana,

que es la propia pasion si se estravia  
implacable tirana.

MARIAN. Te compadeces de la historia mia!

tienes buen corazon: tambien tú eres  
como yo desdichada.

Quizá fuiste á buscar gloria y placeres  
á la régia morada?

Díme: al palacio has ido

del rey alguna vez? Ay! nunca, nunca

allí pise tu planta,

porque saldrá tu corazon herido,

aunque lo escude la virtud mas santa.

Corre allí convertido

en fuego el aire: innúmeros dolores

con máscara de oro allí hacen nido,

y el que en él sembró flores,

áspides entre zarzas ha cogido.

Escucha... yo te ruego

que si á la reina ves, nada le digas

de mí, que lanzarán sus ojos fuego,

y volviendo á sus pérfidas intrigas,

querrá matarme luego.

Defiéndeme tú de ella,

lo harás? Tú llevas del dolor la huella

en tu semblante hermoso.

- Quién en el mundo vivirá dichoso?
- REINA. Miradme bien, miradme,  
no me reconocéis?
- MARIAN. Yo no te he visto  
jamás en parte alguna...  
Manto de sangre se vistió la luna,  
y el duro mármol roto  
ya vacilante, el templo retumbaba  
cual si lo demoliese un terremoto.
- REINA. Conocedme, Mariana, soy la reina.
- MARIAN. La reina vos, Dios mio!  
Vos venís á matarme! Esposo amado,  
huyamos, que en mi horrible desvario,  
yo propia temo haberte asesinado.  
Qué nos quereis? no os basta  
todo el dolor que nos habeis causado?  
Ay! ay de mí!
- REINA. Infelice!  
Llevadla, Valenzuela:  
inútil es cuanto mi voz la dice:  
la vuestra solo su dolor consuela.  
No desmayeis, os digo,  
que á los dos os defiendo,  
y á los dos os perdono y os bendigo,  
por la fé del dolor que estoy sintiendo.
- (Vánse Valenzuela y Mariana. La reina se envuelve en su manto y se retira al fondo.)*

## ESCENA V.

LA REINA, HARO, BELTRAN y POITIERS.

- BELT. Aquí lo dejé hace poco:  
mas recatada en su manto  
entró una dama y sin duda  
aun hablan adentro entrambos.
- HARO. Tanto mejor. Con que, cómo  
decís, señor secretario,  
que posible nos sería  
dar un buen golpe de Estado?  
Porque, vive Dios, que aquí

cierto que somos muy llanos,  
mas si nos dan el alerta,  
sabemos alerta estarlos.  
Y eso de que infames jueces  
condenen á D. Fernando  
á morir... vaya! primero  
se ha de hacer Madrid pedazos,  
y ha de haber mas cuchilladas  
que dió á los moros Pelayo.

BELT. Voto á briós.—Esó.—No acusan  
de revoltoso á mi amo?  
Pues que una vez con razon  
no sea calumnioso el cargo.  
Mal fin vamos á tener  
si no nos pónen á salvo  
nuestros esfuerzos: diantre!  
hablad vos, capitan Haro  
á mi señor: me dá miedo  
de su profundo desmayo,  
y si por él ha de ser,  
él piensa que con ahorcarlo  
le hacen un grande favor,  
y el cuento dá por finado.  
Pero á nosotros nos toca  
volverle el ardór y el ánimo:  
con que decid vos, Poitiers,  
cómo y por dónde empezamos.

REINA. Atenta estoy. (Ap.)

POITIER. Ya sabeis  
que son muchos los agravios  
que las cortes estrangeras  
recibieron del bastardo  
de D. Juan. Le ódia la Francia,  
porque con Condé hizo pactos,  
le quiere mal el imperio  
por discolo y temerario,  
y como fueron á medias  
todos sus bélicos lauros,  
ni en Portugal ni en Sicilia  
inspira su nombre espanto.  
Alzáronse por su causa  
Bravante, el Franco Condado

y Flandes, y en Cataluña,  
si ya la nueva ha llegado,  
de seguro hay alzamiento  
para que lo echen abajo.  
Pues bien: ahora mismo os digo  
que piensan ir á palacio  
cuantos aquí representan  
reinos, colonias ó estados,  
para de comun concierto  
pedir al rey que del mando  
separe á D. Juan, sopena  
de que su reino sea un caos.  
Es el marqués de Villars  
de quien yo soy secretario,  
quien en nombre de la Francia,  
como embajador preclaro,  
llevará la voz.

BELT.

Diantre!

pues no hay duda, nos salvamos.

HARO.

Todo está hecho.

POITIER.

Nos falta

una cosa sin embargo.  
Imponer abiertamente,  
á viva fuerza este cambio  
fuera obrar contra el derecho  
y hacer al rey un agravio.  
Tratáse solo de dar  
un consejo leal y sano,  
revestido con astucia  
de pavorosos amagos,  
y hecho hoy mismo, sin que pueda  
parar el golpe de mano  
D. Juan... mas las avenidas  
tomadas tiene en palacio,  
y lo que nos hace falta  
es que haya quien hasta el cuarto  
del rey conduzca al marqués  
y á sus diversos aliados.  
Si la reina... mas la reina  
fué la que hizo el milagro  
de trasladar á Patiño  
desde la horca hasta el mando...

- REINA. Qué quereis? pues hoy, señores,  
mirad lo que es el humano  
corazon, fácil me inclino  
á desandar de lo andado,  
la parte que pueda al menos,  
volver la paz á los ánimos.  
No os asusteis, que yo os juro  
por mi fé, que no hay engaño  
en mis palabras. Decid  
al marqués que yo me encargo  
de todo, pues aunque toco  
que en el favor ya decaigo,  
ayudando á los agenos,  
satisfago mis agravios,  
que no olvido en que se funda  
el interés de mi bando.
- POITIER. Cojereis por esta accion  
larga cosecha de aplausos.
- HARO. Señora, con vuestra ayuda  
quedará por nuestro el campo,  
y si falta á la victoria  
para consumarse un átomo,  
lo que falte lo pondremos  
en pólvora y cintarazos.
- REINA. Decid, decid al marqués  
que en el instante le aguardo,  
y á su lugar cada uno,  
cuando yo me haya alejado. (Vase.)

## ESCENA VI.

DICHOS, *menos la REINA.*

- HARO. Avisad vos al marqués. (A Poitiers.)
- POITIER. Y hablad con fuego, vos, Haro,  
á los soldados.
- BELT. Y yo  
aquí me quedo aguardando  
á mi señor... mas no hay uno  
que le hable y le vuelva el ánimo?
- POITIER. No, dejad que él no se mezcle  
en nada, pues así á salvo

queda de un nuevo peligro,  
que ya le cercan sobrados.

BELT. Mirad, mirad, allí viene:  
cómo está!

HARO. Vamos, dejadlo.  
Infeliz! (Vánse.)

## ESCENA VII.

VALENZUELA *solo.*

Pobre Mariana!  
cuanto más se sacia en ella  
su dolor, la hace mas bella  
su desventura tirana.  
Que hermosamente engalana  
su amoroso frenesí!  
Abierto está, yo lo ví,  
el libro de su alma pura,  
y á través de su locura  
su amor y virtud leí.  
Qué es delirar? No es perder  
la razon, fiel guardadora  
de cuanto el alma atesora  
con soberano poder?  
Pues yo que pude leer  
en quien razon no tenia,  
cuanto en su pecho escondia:  
sentí gozo en mi tormento  
al ver el divino asiento  
de tan rica fantasía.  
Insensata ansia de ser  
el primer hombre de Estado!  
Oh! qué funesto legado  
te he venido á merecer.  
Un temerario placer  
busco en mi propia afliccion,  
y lo encuentro en la razon,  
ciega ya de la que adoro;  
porque hiel en copa de oro  
le dió á gustar mi ambicion.  
Sí, no hay duda: esos violentos

delirios en amalgama  
los recuerdos que ella ama,  
con sombras y con lamentos:  
esos vagos pensamientos  
que en su mente sorprendí,  
esos gritos que ahora oí,  
hijos de un dolor cruel,  
qué son, qué son si no hiel,  
ay! que á beber yo le dí?  
Gusté yo el licor fatal  
primero, y ella engañada  
al ver la copa dorada  
bebió tambien por su mal.  
Y hoy nuestra suerte es igual;  
se extinguieron nuestras teas  
nupciales: nuestras ideas  
envueltas van entre lloro...  
Engañosa copa de oro!  
Mil veces maldita seas!

MARIAN. (*Dentro.*) Fernando!

VALENZ. Es ella!

### ESCENA VIII.

VALENZUELA y MARIANA.

MARIAN. Fernando!

Sálvame, por compasion!

VALENZ. Tu perturbada razon  
fantasmas te está creando.  
Quién te sigue?

MARIAN. No lo vés?

mi padre! Viene por mí,  
y quiere matarte á ti!  
arrodillada á sus piés  
le pedí perdon mil veces,  
le dije que era tu esposa;  
pero en su saña horrorosa  
ví al mas cruel de tus jueces.

VALENZ. Mariana, no puede ser  
lo que tu afan significa:

con ninguna comunica  
esa estancia.

MARIAN.

Desde ayer  
esta vision donde quiera  
me persigue; pero ahora  
ví su faz aterradora,  
y yo te lo juro, él era.  
Oh! no dudes que era él:  
muy atento me miraba,  
y toda mi sangre helaba  
con su sonrisa de hiel.—  
Esposa de mi enemigo!  
Infame!—Asi me decia,  
y de las trenzas me asia  
para llevarme consigo.  
—Dejadme, dejadme, padre,  
por el que amando murió,  
por el que en la cruz lloró;  
por la tumba de mi madre!!

VALENZ.

Es ilusion de tu mente:  
nadie en esa estancia ha entrado:  
sola en ella te he dejado.

MARIAN.

Toca, toca aquí en mi frente.

VALENZ.

Mariana, Mariana mia,  
modera tu frenesí.

*(Aparece Patiño en la puerta que da al exterior.)*

MARIAN.

Fernando! míralo allí.  
Lo vés? no te lo decia?

## ESCENA IX.

DICHOS y PATIÑO.

VALENZ.

Corazon de la mujer!  
Cuánto puedes! cuánto sabes!  
que en las desdichas mas graves  
siempre profeta has de ser!  
Guardeos Dios.

PAT.

Cielos! Qué horrible  
mudanza advierto en mi hija?  
Eh! Aunque este trance la aflija  
no es el remedio imposible.



VALENZ. Llegad, Patiño, llegad.  
Qué buscais? á qué venis?  
Si en lleváros la insistís,  
tomadla y os la llevad.  
Su razon en rumbo incierto  
melancólicá divága  
como el que en la mar naufraga,  
y arribar no espera al puerto.  
Y en su tormentoso afan  
cercada de mil furores,  
es la nave de las flores  
que echó á pique un huracan.  
Yo os la entrego con dolor,  
aunque acaba ya mi vida,  
porque es mi esposa querida  
y el espejo de mi amor:  
Mas si en esta atroz querella  
yo escapáse á una venganza,  
es mi postrera esperanza  
irme muy lejos con ella.

Lejos, muy lejos, que os juro  
que este ambiente me sofoca.

PAT. Nada os ha dicho mi boca,  
nada pensé, os aseguro  
de cuanto decís, y á fé  
que aunque de mí os hais guardado,  
no por eso me he enojado,  
que esta union siempre aprobé.  
Quién pidió el consentimiento  
á la reina? Quién os vió  
tan rendidos como yo  
mostrando inayor contento?

*(Mariana se rie convulsivamente.)*

Hoy es verdad, la bonanza  
acabó de vuestra suerte,  
y de evitaros la muerte  
apenas hay esperanza.  
Son muy ciegos los partidos:  
yo con mi escasa influencia  
no pude obtener clemencia,  
y casi estamos perdidos.  
Me seguirá Mariana,

que son grandes los tórmentos  
de estos últimos momentos,  
y fuera cosa inhumana  
dejarla con vos aquí...  
y vos, valor... Ea, amigo!  
sed vos como D. Rodrigo,  
que yo en la horca lo ví.  
Y se ensancha el corazón  
al pensar que puede un hombre  
ganar en la horca mas nombre,  
que Rodrigo Calderon.

MARIAN. Padre! padre! qué infernal  
lenguaje es ese? en mi oído  
resuena como el ruido  
de la trompeta final.

Me aterra esa fría arrogancia:  
manan sangre mis cabellos,  
porque asisteis vos de ellos  
para matarme en mi estancia,  
y ahora con fiero teson  
venís la muerte anunciando,  
sonriendo y remedando  
una horrible compasion.

Ay! cuando el estrago miro,  
que en mí vuestra ira provoca,  
tengo razon y estoy loca,  
y de ambos modos espiro.

Padre! padre! la ambicion  
os ciega, os pierde la ira:  
el cielo á entrambos nos mira,  
y á mí me dá su perdon.

Si, su perdon mas cabal:  
Dios conmigo habla tambien,  
y sé que me quiere bien,  
y que á vos os quiere mal.

PAT. Hija, deliras. Qué quieres  
de mí? no te canses mas:  
no ha de ir el mundo al compás  
del amor de las mujeres.

VALENZ. Basta, Patiño: en su abierta  
herida asi no os cebeis:  
á vuestra vista quereis

que de dolor caiga muerta?  
Un móstruo de iniquidad  
sois.

PAT. Es cierto por Dios:  
mas si ayer ahorcabais vos;  
prestad hoy conformidad.  
Y no sé, como no sea  
mi franqueza, que os estraña:  
mortal era esta campaña,  
salisteis vencido,—ea,—  
ya llegan.

(*Mariana corre á la puerta, cierra y se coloca delante de ella.*)

MARIAN. Oh! no entrarán.  
Tente, turba empedernida:  
vienen por sola una vida: (A Patiño.)  
(*Suenan golpes.*)

si quieren dos, las tendrán.  
Padre, padre, hé aqui la obra  
de vuestra ambicion tirana:  
en esta lid inhumana  
ya veis que aliento me sobra.  
Débil mujer, ahora os juro  
por el Dios que nos escucha,  
que aunque mi fuerza no es mucha,  
tenaz ha de ser el muro.

(*Se repiten los golpes.*)

PAT. Apártate. Necia eres:  
virtud tu esfuerzo revela:  
mas dirán que Valenzuela  
se escuda con las mujeres.

HARO. Abrid, abrid, D. Fernando.  
Somos nosotros.

VALENZ. Son ellos,  
mis amigos. Los cabellos  
se os van, Patiño, erizando.  
Son ellos, los que si os ven,  
trocando el destino aquí,  
me alzarán en triunfo á mi,  
mientras muerte á vos os dén.  
(A Mariana.) Apártate. Loca eres,  
pues dirán, es cosa fija,

que Patiño se cobija  
á espaldas de las mujeres.  
**MARIAN.** Ay de mí! Cesad, impíos.  
Ay! ya cedieron las puertas:  
temed: aunque esten abiertas,  
temed los furores míos,  
Decid al rey que no visteis  
amor mas desesperado  
jamás, que os háis apiadado  
cuando mis quejas oísteis.  
*(Entran precipitadamente con las espadas desnudas.)*

## ESCENA X.

**DICHOS, HARO, BELTRAN y SOLDADOS.**

**BELT.** Calmaos, señora: á salvar  
su vida todos venimos.  
*(Mariana cae desmayada en los brazos de Beltran, que la  
lleva á su estancia.)*  
**HARO.** Ya el grito de guerra dimos,  
y el triunfo hemos de alcanzar.  
D. Fernando, aunque pendiente  
sigue el fallo de la ley,  
hay quien por vos ante el rey  
reclame enérgicamente.  
Y algo aqui se nos alcanza  
de que todo se vicia  
el lugar de la justicia  
suele ocupar la venganza.  
Esto evitar pretendemos,  
y en salvo á ponerlos vamos,  
y si á las manos llegamos  
buenas espadas traemos.  
Con ellas, forzamos ya  
el paso hasta este recinto,  
armando un buen laberinto  
con la guardia que hoy os dá  
el nuevo ministro, diablo!  
D. Juan tiene mucha ira:  
si me parece mentira

- que os estoy viendo y os hablo.
- VALENZ. Veis Patiño? Ya en mi alma  
la esperanza estaba muerta,  
y esta gente la despierta.
- HARO. Patiño? Soberbia calma  
teneis, señor!... cómo es  
que en pago de su traicion  
del hierro de ese balcon  
no le colgáis por los piés.  
Dejad que yo...
- TODOS. Muera! muera!
- VALENZ. Quedos, quedo, Haro,  
ninguno, pues yo le amparo,  
le maltrate ni le hiera.  
Yo á Patiño dí una vez  
la libertad, y él, leal,  
quiso hacer favor igual  
connigo, siendo mi juez.  
Y ahora depuesto el violento  
rencor, de mí se dolia,  
llena el alma de hidalgua  
y noble agradecimiento.
- HARO. Vos lo decis!... bien! ¡será.
- VALENZ. No es así, Patiño?
- PAT. Así:  
teneis un amigo en mí,  
que siempre bien os querrá.
- HARO. No me pondré yo en la boca  
de este lobo: con que, vamos:  
fuerza es que de aquí salgamos,  
que D. Juan al arma toca,  
y ha de intentar darnos caza.

## ESCENA XI.

DICHOS, *el REY, la REINA y D. JUAN.*

- REY. Poco á poco, caballeros:  
envainad esos aceros.  
Plaza al rey: abridme plaza!  
Qué es esto? aquí cada cual

se hace la ley por su mano,  
y es juguete el soberano?  
Cuándo tanto desleal  
hubo en Castilla? Ea, digo,  
traidores!... fuera de aquí?  
pronto! pronto!

(*Vánse Haro, Poitiers y soldados.*)

## ESCENA XII.

EL REY, la REINA, VALENZUELA, D. JUAN DE AUSTRIA y  
PATIÑO.

REY.

Estás tú ahí,

Valenzuela? Hola! al castigo  
ya no escaparás: me cuestas  
mucho: mis hombres de Estado,

(*Dirigiéndose á Valenzuela y á D. Juan, en cuyo brazo  
ha venido apoyado.*)

que no valen un cornado,  
en contiendas como esta,  
trizas me hacen la nacion:  
humildes, si hacer los deajo,  
mas si ven que los alejo,  
se me alzan en rebelion.

Qué lealtad os abona  
si á cada rencilla vuestra,  
os lanzais á la palestra  
para humillar mi corona?  
Ayer un duelo, un motin  
hoy, y teneis partidarios  
que por vos van temerarios  
del mundo al postrer confin.

Y el rey, aunque espire el rey  
solo y de angustia en su lecho,  
qué os dá, si habeis satisfecho  
los gustos de vuestra grey?

Quién soy yo, si todo aquí  
vuestra ambicion lo avasalla?  
muy bueno para pantalla,  
muy malo si pienso en mí.

Pues entend, vive Dios,  
que al rey el furor no ciega,  
y do hay crimen, allí llega  
su justicia, que va en pos.

Oh! fatigado me siento.

Un sillón.

(Patiño le presenta un sillón, en el que se sienta profundamente abatido.)

REINA. Hais olvidado

lo que el marqués os ha hablado,  
y os mostrais harto violento.

D. JUAN. Ya vuestro consejo vió  
la causa de Valenzuela,  
donde el crimen se revela,  
que Patiño os denunció.

REY. Bien está: dime, y cual es  
el fallo?

D. JUAN. Vedlo. (Dándole un pliego.)

REY. La muerte!

REINA. Conste que hay quien os advierte  
lo que os ha dicho el marqués.

D. JUAN. Firmad, si con nuevo encono  
no quereis ver renovada  
la lucha desesperada  
que está minándoos el trono.

REINA. Hijo, medítadlo bien,  
que si ese pliego firmáis,  
se hunde el trono en que os sentáis,  
y cuantos ayuda os dén.

VALENZ. Señor, vacilante os veo:  
es cruel que una sentencia  
se ventile á la presencia  
del desventurado reo:  
pues de opuestas opiniones  
toda mi alma suspendida,  
sufre aquí mi pobre vida  
sobrehumanas emociones.  
Ni merced ni gracia os pido,  
que fuera en mí confesion  
de haberos hecho traicion,  
y cual bueno os he servido:  
Yo al pueblo no amotiné,

ni contra vos nunca fuí:  
si al trono esplendor no dí,  
tampoco se lo quité.  
Un medio os dí de lidiar  
con Francia: júzguelo el mundo,  
que del rey Cárlos segundo  
la historia ha de meditar.  
Ahora firmad: no me aterro:  
mas si no lo haceis, abiertas  
dejadme, señor, las puertas  
de un perdurable destierro.  
Que esta gracia ha menester  
un corazon lacerado,  
que su vida ha concretado  
al amor de una mujer.

- REINA. Insistir fuera impiedad:  
otorgadle lo que os pide.  
D. JUAN. Vuestra majestad no mide  
toda la profundidad  
del caso, si retrocede.

### ESCENA XIII.

DICHOS y BELTRAN.

BELT. Señor, señor, vuestra esposa...

VALENZ. Qué?

BELT. Una congoja espantosa,  
cuyo horror pintar no puede  
mi labio, la sorprendió,  
y en medio á un atroz delirio  
yerta como blanco lirio,  
en mis brazos espiró.

*(Valenzuela lanza un grito de desesperacion. Patiño queda confundido.)*

REINA. Infeliz! Al triste esposo  
perdonad.

REY Bien! echa al fuego

D. Juan, ese horrible pliego,  
que no soy tigre furioso.



Vive, Valenzuela.

VALENZ.                   Ahora,  
señor, en mi infausta suerte,  
lo que os pido es ya la muerte,  
que se niega al que la implora.  
Lo que os pido es que el castigo  
justo deis que mereció  
al que á su amada mató  
arrastrándola consigo,  
donde los rudos empeños  
de la ambicion, marchitaron  
la hermosa flor que encontraron  
entre sus dorados sueños.  
Lo que os pido... Apartad vos,  
(*A Patiño que se acerca á consolarlo.*)  
y que allá os quede el infierno  
de un remordimiento eterno,  
que os siga do quiera en pos.  
Beltran! Beltran!... ay de mí!...  
(*Cae en los brazos de Beltran.*)

REY.                   Vamos, D. Juan, de esta historia  
la enseñanza y la memoria  
sirva tambien para tí.

(*Vá saliendo con D. Juan.*)

VALENZ.   En qué lid sali vencido!

PAT.       En qué lid soy vencedor!

VALENZ.   Ay! que he perdido mi amor!

PAT.       Ay! que á mi hija he perdido!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

*Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.*

*Madrid 17 de Marzo de 1852.*

MELCHOR ORDOÑEZ.

## TITULOS DE LAS OBRAS.

## ACTOS.

## AUTORES.

RS.

El Escondido y la Tapada (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
Faltas juveniles. (a)	3	Cueva.	8
Una conjuracion femenina. (o)	1	Navarrete.	4
Indicios vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
El suplicio de Tántalo. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
El chal de cachemira. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Amar despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Una mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
El anillo del Rey. (o)	3	Hurtado.	8
El Licenciado Vidriera (a).	3	Catalina.	8
En mangas de camisa (r)	1	Diaz Tezanos.	4
El amor y la moda. (o)	1	Larra.	4
Una llave y un sombrero. (o)	3	Bermejo.	8
Ninguno se entiende. (o)	1	Bermejo.	4
La Baltasara. (o)	3	Príncipe, Gil y Zárate y García Gutierrez.	8
Una leccion de corte. (o)	3	Muntadas.	8
¡Está loca!! (o)	1	Garcia Santisteban.	4
Misterios de palacio. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Gran Duque. (o)	3	Parreño.	8
La hiel en copa de oro. (o)	3	Estrella.	8
Lo mejor de los dados. (o)	1	Ramirez.	4
Cañizares y Guevara. (o)	1	Palacios y Toro.	4
No hay amigo para amigo. (o)	4	Marin y Gutierrez.	8
Conspirar con buen éxito. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Fausto. (o)	5	Asquerino. (D. Eduar.)	8
En <i>administracion</i> (propiedad del aut.)			
Flor de un dia. (o)	4	Camprodon.	8
Espinas de una flor (2. <sup>a</sup> parte de id.) (o)	4	Camprodon.	8

La Direccion de EL TEATRO se halla en Madrid, calle de Esparteros, núm 3, 3°

# PUNTOS DE VENTA.

**Madrid: librerías de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.**

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Serna.	<i>Mondoñedo.</i>	Delgado.
<i>Alcoy.</i>	Martí é hijos.	<i>Orense.</i>	Ferrer.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Oviedo.</i>	C. Fernandez.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Almería.</i>	Alvarez.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijos.
<i>Aranjuez.</i>	Sainz.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Avila.</i>	Gayoso.	<i>Pamplona.</i>	García.
<i>Badajoz.</i>	Orduña.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Barcelona.</i>	Oliva.	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Maria.</i>	Valderrama.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Puerto-Rico.</i>	Gonzalez.
<i>Cáceres.</i>	Valiente.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cádiz.</i>	Moraleda.	<i>Ronda.</i>	Moreti.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Sanlúcar.</i>	Esper.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Castellon.</i>	G. Otero.	<i>Sta. Cruz de Tene-</i>	
<i>Ciudad-Real.</i>	Gonzalez.	<i>rife.</i>	Bonnet.
<i>Coruña.</i>	Perez.	<i>Santander.</i>	Carabantes.
<i>Cartagena.</i>	Moreno.	<i>Santiago.</i>	Sanchez y Rua.
<i>Chiclana.</i>	Sanchez.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Ecija.</i>	Gimenez.	<i>Segovia.</i>	Alejandro.
<i>Gerona.</i>	Viuda de Grases	<i>San Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Gijon.</i>	Ezcurdia.	<i>Sevilla.</i>	Hidalgo.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Santigosa.
<i>Guadalajara.</i>	Perez.	<i>Salamanca.</i>	Torres.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Tarragona.</i>	Puygrubi.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Guillen.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jaen.</i>	Valero.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Tuy.</i>	Martz. Gonzalez
<i>Leon.</i>	Viuda de Miñon	<i>Talavera.</i>	Bidarte.
<i>Lérida.</i>	Sol.	<i>Valencia.</i>	M. Garin.
<i>Lugo.</i>	Pujol Masia.	<i>Valladolid.</i>	Bassó.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Vitoria.</i>	Echavarria.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Vigo.</i>	Fernandez Dios.
<i>Loja.</i>	Cano	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Málaga.</i>	Moya.	<i>trá.</i>	Pers y Ricart.
<i>Málaga.</i>	Casilasi.	<i>Zamora.</i>	Calamita.
<i>Murcia.</i>	Adrión.	<i>Zaragoza.</i>	Gallifa.
<i>Motril.</i>	Ballesteros.		
<i>Manzanares.</i>	Gomez Pardo.		